

## COMO EL QUESO EN LOS MACARRONES

La joven se sintió en casa cuando la brisa mediterránea le meció el cabello y balanceó el bajo de su falda. Las briznas de hierba le tocaban los talones — apenas cubiertos por las finas tiras de sus sandalias —, provocándole un leve cosquilleo, como si el campo estuviese acariciándola. Tenía una expresión satisfecha; se notaba que había extrañado el clima de la Toscana, a pesar de que la rojez de sus hombros indicaba que ya estaba sintiendo el picor del sol del mediodía. Hacía tres años que Silvia no visitaba aquella casa. Casi había olvidado lo robustos e imponentes que eran sus muros de piedra y el color rojizo de sus tejas. Se quitó las gafas de sol para mirar con detenimiento la fachada. Todo estaba igual, —incluso la pintura verde y desconchada de los postigos que cubrían las ventanas — y se desesperó buscando algún cambio que le indicase que su ausencia había dejado huella. Pero no lo encontró. Miró a lo lejos, donde asomaban los campos de tulipanes que de niña había recorrido cientos de veces. Rememoró los paseos junto a su madre, cómo admiraban juntas aquel paisaje de colinas infinitas y cómo lo había dejado todo atrás cuando, un 22 de junio, se marchó montada en la furgoneta vieja de su padre.

Carlo llegó a la vida de Silvia una tarde de verano tras años de paternidad ausente; se presentó en la casa como si el tiempo no hubiese pasado, con los vaqueros desgastados y el pelo revuelto en una maraña de gruesos rizos morenos. Habló con Silvia sobre sus viajes y sus pinturas, de las cosas que quería hacer y, sobre todo, de las que harían juntos si ella se iba a vivir con él a España. La vida bohemia de su padre la atrajo al instante, y sin apenas pensárselo, —y a pesar de que su madre le suplicó que no lo hiciese— decidió irse con él. Pero la estancia en España no fue como ella esperaba. Ya

durante el primer día, Carlo la puso al corriente de la nueva situación económica. Vivía en una buhardilla en el centro de Madrid: apenas había espacio para una persona, mucho menos para dos. Y la joven decidió aguantar un tiempo, con la esperanza de que la promesa de su padre de una vida mejor llegara a cumplirse. Pero el cambio nunca llegó. Siempre encerrado en su estudio, Carlo a veces parecía más interesado en sus pinturas que en su propia hija; y la vida de artista que había atraído a Silvia, pronto comenzó a repelerle, haciendo que sus ansias de volver a casa incrementaran con cada minuto que pasaba.

Tres años después, Silvia aún recordaba el sabor de los guisos de su madre. Y allí, frente a la casa vieja donde había crecido, se emocionó pensando en volver a comerlos. Incluso deseaba aprender a hacerlos, pues viviendo con su padre se había dado cuenta de que la cocina se le daba bastante bien. Subió las escaleras del porche, la madera crujía bajo sus pies como si protestara porque estuviese allí. Llamó al timbre y esperó. Cuando las bisagras de la puerta chirriaron; creyó que vería a su madre, pero en su lugar apareció una mujer de cabello corto y piel pálida que se le quedó mirando fijamente.

— Eres la hija de Filippa, te he visto en fotos. — Dijo ella— Soy Nicola. Pasa.

Silvia la siguió a través de la casa, hasta la cocina; en la encimera había diversas verduras y una tabla de madera para cortarlas. A su lado un cuenco de cerámica donde su madre guardaba la sal, y en la estantería varios botes con especias típicas de la cocina italiana: albahaca, orégano, tomillo, perejil, pimienta negra y guindilla.

—Tu madre no está en casa.

—No hay problema, esperaré —contestó Silvia mientras se sentaba en una silla y examinaba la cocina.

—No volverá en varios días —insistió, y comenzó a picar el ajo—¿Qué haces aquí?

—Estoy de visita — respondió Silvia, algo incómoda.

—¿Y cuánto planeas quedarte?

—No lo sé aún. —La curiosidad de Nicola empezaba a incomodarla.

—No avisaste de que volvías —le replicó secamente, mientras echaba el ajo picado en un cuenco —Aunque es igual. No soy yo la que necesita explicaciones.

A Silvia le pareció desagradable la forma en la que Nicola le estaba hablando, pero no dijo nada. En el fondo aquella desconocida tenía razón, ¿qué esperaba al volver? Estaba claro que no la recibirían con los brazos abiertos después de tres años de ausencia. Así que allí se quedó, sentada, observando cómo Nicola preparaba una *minestra maritata* al ritmo de una canción de Tiziano Ferro. Y mientras la veía cocinar, algo hizo <<clíc>> en su cerebro y recordó una carta de su madre.

*Querida hija:*

*Espero que lo estés pasando bien en Madrid. No estoy preocupada, porque sé que te adaptas a cualquier situación. Ayer fui a Pienza y compré queso pecorino, en el paquete encontrarás uno, también he metido miel de castaño de Montalcino. He estado pensando que quizá puedas venir en febrero a Greve, al Festival de la Polenta. Me gustaría verte.*

*No estoy tan sola como crees, conocí a una chica el mes pasado y nos hemos hecho muy amigas. Es muy buena cocinera, así que quizá la contrate cuando abra el restaurante. ¡Incluso hemos bromeado con abrirlo juntas!*

*Te quiero.*

Silvia relacionó inmediatamente a Nicola con la chica de la que hablaba la carta, y se murió de ganas de saber cómo había acabado viviendo con ella y cuál era la relación que tenía con su madre. Pero aunque la curiosidad la carcomía, no preguntó nada. Temía recibir una respuesta aún más cortante que la anterior. Así que en su lugar, intentó llevarse bien con ella.

—¿Quieres que te ayude a preparar la comida? — Preguntó tímidamente.

Nicola se giró y se quedó mirándola durante unos segundos, sopesando la pregunta.

— Puedes hacer las albóndigas. — Contestó al final.

Silvia se levantó y se acercó a un cuenco de carne picada. Cocinaron en silencio, y cuando la comida estuvo lista, Nicola sirvió dos platos humeantes de *minestra maritata* y los puso en la mesa. Al terminar de comer, buscó el teléfono para llamar a Filippa.

A varios kilómetros de allí, el móvil de Filippa sonó.

— ¿Qué ocurre, Nicola? — preguntó cuando descolgó el teléfono.

— Tu hija está aquí, — hizo una pausa, como esperando a que Filippa dijese algo — dice que se quedará unos días.

El rostro bronceado de Filippa se tornó pálido al escuchar la noticia, y tardó unos segundos en reaccionar.

— Que se quede — dijo finalmente, con voz temblorosa — supongo que cuando vuelva ya se habrá ido, así que, ¿qué más da?

Filippa colgó el teléfono y suspiró. Echaba de menos a su hija, pero tras años de llamadas sin contestar ya no confiaba en ella.

Durante los días siguientes, Nicola le contó a Silvia varias cosas, entre ellas, que su madre y ella iban a abrir un restaurante. La inauguración era esa misma semana, así que

la llevó hasta el local; era pequeño, con paredes de mampostería y sillas y mesas de madera. Silvia quedó maravillada con el aspecto rústico y acogedor del lugar. Examinó los cuadros que había colgados, los platos que ofrecía la carta, e incluso conoció a Simona y Francesco, los dos camareros que Filippa había contratado. Y se lamentó por no haber estado junto a su madre mientras lo planeaba todo, apoyándola.

La noche antes de la apertura, Filippa llamó a Nicola para preguntarle qué tal iba todo. Esta la puso al día, y también le contó que su hija había estado ayudando. Filippa no la creyó, y le dijo que no quería que su hija estuviese en casa al día siguiente, que quería estar centrada en el restaurante y no necesitaba dramas que la distrajesen. Nicola intentó hacerla entrar en razón, y estaba tan concentrada en ello que no se dio cuenta de que Silvia había entrado a la cocina y la estaba escuchando.

—No puedo decirle que se vaya — repitió Nicola— si sigue aquí mañana tendrás que encararla, Filippa. Yo no voy a echarla.

Silvia comenzó a notar un picor en los ojos y se fue a su dormitorio, donde nadie la vería llorar. Comprendía que su madre no quisiera verla, pero aún así le dolía, y no era solo el rechazo lo que le provocaba punzadas en el pecho, sino la culpabilidad que sentía al haberse ido hacía tres años y no volver. Lo estúpida que había sido cuando, creyendo que su madre la odiaba, no había contestado a sus llamadas. No sabía cómo arreglar el daño que había hecho, así que al día siguiente, hizo las maletas y llamó a un taxi. Nicola la vio justo cuando salía de la casa.

—¿Qué haces?

—Te oí hablar con mi madre anoche — confesó — sé que no me quiere aquí. Pasaré la noche en algún hostel y compraré un billete de avión para irme lo antes posible.

Nicola la miró fijamente durante unos segundos.

— Pásate esta noche, es el día de la apertura. Ponte un delantal y demuéstrole a tu madre que has vuelto. Quédate un poco más — le pidió — Filippa te encontrará allí ayudando y sabrá que quieres que te perdone. Además, te necesitamos. Francesco está enfermo y no puede venir.

A pesar de las palabras de Nicola, Silvia se montó en el taxi y se fue. Más tarde, en la habitación del hostel, estuvo dándole varias vueltas a qué debía hacer. Quizá aquella era su última oportunidad, quizá debía intentarlo una vez más, quizá no estaba todo perdido... lo cierto era que no había vuelto a Italia solo por su madre, sino también por ella misma. Era su hogar; quería vivir allí porque aquel lugar formaba parte de su identidad. Finalmente, decidió hacer caso a Nicola, pidió un taxi y se puso rumbo al restaurante. Filippa llevaba allí horas preparándolo todo y lo último que esperaba era que su hija apareciese, de hecho, estaba convencida de que ya estaría de vuelta en España, con su padre. Cuando la joven llegó al local ya habían entrado los primeros clientes. Su madre estaba atendiendo unas mesas, y se las arregló para deslizarse hasta la cocina sin que la viese. Nicola y Simona estaban allí y sonrieron al verla.

— Coge un delantal — le dijo Nicola — y lávate las manos.

Cuando Filippa entró a la cocina con la lista de pedidos, frenó en seco al ver a su hija.

—¿Qué haces aquí?

—Ayudarte — contestó, anudándose el delantal. Cogió la nota que llevaba su madre en las manos y la examinó — Haré el *pesto*.

Silvia se puso manos a la obra mientras su madre la miraba incrédula.

— ¿Has visto, Filippa? — dijo Nicola, mientras se acercaba a ella y le cogía la mano—  
Silvia ha venido. Va a quedarse.

—*Come il cacio sui maccheroni*— Como el queso en los macarrones, contestó,  
apretando la mano de Nicola.

Silvia sonrió al escuchar aquel refrán, significaba que alguien había llegado en el momento adecuado—¡Por fin era bien recibida!—. Filippa se había dado cuenta de que su hija había vuelto, y ella de que quería quedarse allí. En su país, en el restaurante y en su casa. Y con las dos personas que vivían en ella.

LAURITED